

Paul Thomas Chamberlin

Tierra quemada

Una historia global
de la Segunda Guerra Mundial



Galaxia Gutenberg

PAUL THOMAS CHAMBERLIN

Tierra quemada

Una historia global
de la Segunda Guerra Mundial

Traducción de
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Scorched Earth. A Global History of World War II*
Traducción del inglés: Noemí Sobregués Arias

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Paul Thomas Chamberlin, 2025
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 10893-2025
ISBN: 979-13-87605-26-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Leila y Mia

Índice

Introducción. Impensable	15
Capítulo 1. Un mundo de imperios	27
Capítulo 2. Destruir el orden de Versalles	57
Capítulo 3. Un nuevo orden en Asia oriental	81
Capítulo 4. Sangre, tierra e imperio	109
Capítulo 5. Imperio asediado.	133
Capítulo 6. Murallas coloniales.	161
Capítulo 7. Una guerra de aniquilación	191
Capítulo 8. La gran ofensiva de Japón	231
Capítulo 9. La batalla por la periferia	267
Capítulo 10. El ascenso de las superpotencias	293
Capítulo 11. El camino hacia la hegemonía mundial	321
Capítulo 12. Intervenciones coloniales y mataderos continentales	357
Capítulo 13. Planificar el mundo de la posguerra.	391
Capítulo 14. Romper la Esfera de Coprosperidad	421
Capítulo 15. La Operación Overlord y el destino de Occidente	445
Capítulo 16. La Operación Bagratión y el destino de Oriente	469
Capítulo 17. Podemos desembarcar en cualquier sitio	493
Capítulo 18. En el Reich	515
Capítulo 19. La carrera hacia Berlín	539
Capítulo 20. Las fauces del infierno.	579
Conclusión. Guerra eterna.	617
Agradecimientos	633
Notas	635
Índice analítico	703

INTRODUCCIÓN

Impensable

22 de mayo de 1945. El Tercer Reich está en ruinas. Más de dos millones de soldados soviéticos ocupan la destrozada capital de Berlín, escenario de la última gran batalla de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Los ejércitos estadounidense y británico están acampados junto al río Elba, casi cien kilómetros al oeste. Al otro lado del mundo, los dirigentes japoneses siguen desafiantes, aunque los bombarderos B-29 estadounidenses queman ciudades de Japón hasta los cimientos. Pero que también Tokio caiga es solo cuestión de tiempo. La mayor guerra de la historia de la humanidad está entrando en sus últimos meses. Aunque los aliados están a punto de conseguir la victoria, una creciente sensación de ansiedad se cierne sobre sus dirigentes. Winston Churchill, primer ministro del Imperio británico, acaba de recibir un documento secreto preparado por su personal militar. El estudio, cuyo nombre en clave es Operación Impensable, describe un plan para atacar a la Unión Soviética en poco menos de seis semanas. «El objetivo general o político es imponer a Rusia la voluntad de Estados Unidos y del Imperio británico», explican los autores. Pero derrotar a los soviéticos no será tarea fácil. Los altos mandos británicos calculan que el Ejército Rojo disfruta de una ventaja numérica de más de dos a uno, con 261 divisiones soviéticas contra 103 estadounidenses, británicas y polacas. «Si vamos a embarcarnos en una guerra con Rusia, debemos estar preparados para llevar a cabo una guerra total, que será larga y costosa. Nuestra inferioridad numérica en tierra hace extremadamente dudoso que tengamos un éxito delimitado y rápido», advierten. Además, las escasas esperanzas de las fuerzas occidentales

dependen de que tomen una medida drástica. Tendrán que reconstituir, rearmar y liberar lo que queda de las legiones nazis de Adolf Hitler para que luchen junto a los soldados estadounidenses y británicos contra el Ejército Rojo.¹

El plan de Churchill para la Tercera Guerra Mundial puede parecer una historia alternativa, pero era muy real. Y el primer ministro no era el único que pensaba en esos términos. Dos años antes, en el verano de 1943, Geroid Robinson, jefe de la división rusa de la rama de investigación y análisis de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Estados Unidos, precursora de la CIA, había presentado un plan similar «para volver contra Rusia todo el poder de una Alemania invicta, todavía gobernada por los nazis o los generales».² Ahora sabemos que los dirigentes estadounidenses y británicos decidieron no seguir adelante con esas propuestas, pero el mero hecho de que se las plantearan no concuerda con nuestra imagen actual de la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué los dirigentes aliados valoraban la posibilidad de una guerra contra uno de ellos meses, incluso años, antes de derrotar a las potencias del Eje? ¿Por qué figuras como Churchill consideraban la opción de unir fuerzas con los altos mandos nazis para atacar a sus aliados soviéticos?

Es probable que la Segunda Guerra Mundial sea el conflicto más estudiado de la historia de la humanidad; una búsqueda en la biblioteca de la Universidad de Columbia arrojó casi 160.000 resultados sobre este tema. Sin embargo, a pesar de esta atención exhaustiva, la inmensa mayoría de las obras en inglés ofrecen una interpretación sorprendentemente unidimensional del conflicto, que presentan como una guerra buena, una cruzada contra el fascismo y una batalla del mundo libre y democrático contra un totalitarismo atroz. Esta interpretación, lo que podríamos llamar la explicación ortodoxa de la Segunda Guerra Mundial, surgió en la década de 1950, durante los años más oscuros de la Guerra Fría. Estudiosos de todo Occidente se encontraron viviendo en un

mundo transformado por el conflicto: se había puesto de rodillas a los viejos imperios europeos, el historial de crímenes de guerra nazi había desacreditado la eugenesia y el racismo científico, y la evidente batalla ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética dominaba los asuntos internacionales. La primera generación de estudiosos de la Segunda Guerra Mundial elaboró relatos que reflejaban el espíritu de su época. Plantearon la guerra como una lucha democrática contra el fascismo y restaron importancia a las dinámicas raciales y coloniales, que ya no parecían relevantes. Optaron por celebrar las contribuciones de los aliados occidentales y marginaron el papel de las fuerzas soviéticas y chinas, que era más problemático. Confeccionaron una historia que convertía a los imperios en Estados nación y a los conquistadores en libertadores. La suya fue una historia de la guerra presentada como una parábola sobre los males del totalitarismo y el triunfo de un orden democrático liderado por Estados Unidos.³

En los últimos 75 años, esta explicación ortodoxa de la guerra ha dominado absolutamente en nuestra memoria colectiva. Mientras que todos los demás conflictos importantes del siglo xx han sido objeto de múltiples rondas de revisionismo académico (incluidas la Primera Guerra Mundial, la Guerra Fría, la guerra de Corea y la guerra de Vietnam, por nombrar solo algunas), las explicaciones tradicionales han seguido atrincheradas en el caso de la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué sigue siendo tan difícil encontrar nuevas interpretaciones?⁴ Parte de la respuesta está en la claridad moral de la guerra. La Alemania nazi es quizá el régimen más abominable de la historia humana. Las potencias del Eje cometieron muchas de las atrocidades más viles que el mundo haya visto jamás. Y ningún estudioso serio lamenta la derrota de la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial.

Pero la interpretación ortodoxa de la Segunda Guerra Mundial no consigue explicar fenómenos como la Operación Impensable. De hecho, si observamos más de cerca, vemos que la realidad de la Segunda Guerra Mundial fue mucho más confusa de lo que nos han hecho creer los relatos predominantes del bien contra el mal. La

mayoría de los historiadores coinciden ahora en que lo que derrotó a las legiones de Hitler no fueron soldados estadounidenses y británicos amantes de la libertad en el frente occidental, sino el sacrificio de millones de soldados soviéticos conducidos por brutales mandos comunistas a través de los mortíferos campos de Europa del Este. Los aliados occidentales contribuyeron a la victoria no tanto con valor e idealismo democrático como con salvajes ataques con bombas incendiarias y atómicas contra ciudades del Eje, que incineraron a cientos de miles de civiles.

Este libro plantea que el mayor conflicto de la historia no fue la guerra buena entre la democracia y el fascismo que suelen describir los libros de historia.⁵ Fue más bien una inmensa guerra racial y colonial marcada por atrocidades salvajes en la que imperios rivales lucharon en enormes extensiones de Asia y Europa. Aunque la guerra destruyó el colonialismo europeo y japonés, forjó los nuevos imperios estadounidense y soviético y creó un sistema de Estados muy militarizados, poseedores de armas nucleares y centrados en librar una guerra perpetua contra poblaciones enteras.⁶

Los fuegos de guerra que arrasaron gran parte del mundo industrializado quemaron un orden colonial de quinientos años e hicieron posible que la humanidad construyera el mundo de nuevo. Las antiguas potencias coloniales lucharon hasta la extenuación solo para que las energías colosales de la Unión Soviética y Estados Unidos las consumieran. Estos superestados del tamaño de un continente, que contaban con recursos y mano de obra aparentemente ilimitados, trabajaron para construir nuevos órdenes hegemónicos sobre las ruinas de un mundo devastado por la guerra. *Tierra quemada* es una historia de esta transformación. Es un relato tanto de continuidad como de cambio que intenta entender cómo una guerra iniciada por ejércitos tirados por caballos contra objetivos coloniales destruyó el viejo orden imperial y creó un nuevo mundo dominado por superpotencias con armas nucleares capaces de proyectar un violento cataclismo en todo el planeta.

Este nuevo mundo no fue testigo de una época de paz ni eliminó el azote del colonialismo. Como ponen de manifiesto documentos

desclasificados como «Operación Impensable», mucho antes del final de la guerra, oficiales de inteligencia estadounidenses y británicos se planteaban alistar al ejército alemán, al que aún no habían vencido, en una nueva guerra contra la Unión Soviética. Equipos especiales de soldados aliados peinaban el ex Tercer Reich en busca de científicos e ingenieros nazis a los que reclutar para construir los arsenales de los futuros adversarios de la Guerra Fría. Los dirigentes soviéticos se dedicaban a instaurar regímenes títeres en toda Europa del Este para que sirvieran de glacis estratégico contra un posible futuro asalto de las potencias occidentales y a enviar espías para que se infiltraran en los programas armamentísticos de sus aliados. Mientras las superpotencias se preparaban para la inminente Guerra Fría, los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos hacían planes para reconstruir sus administraciones coloniales en Extremo Oriente con la ayuda de muchas de las figuras que habían colaborado con las fuerzas japonesas durante las ocupaciones. De este modo, las convulsiones de la Segunda Guerra Mundial prepararon el terreno para medio siglo de violencia genocida en África, Asia, Latinoamérica y Oriente Medio, mientras Europa y Norteamérica estaban al borde de una guerra nuclear en toda regla.⁷

Pero no basta con reconocer la naturaleza a menudo ambigua de la violencia de la guerra y la naturaleza problemática de su legado. Replantearse constantemente la Segunda Guerra Mundial exige reexaminar a fondo nuestros supuestos básicos sobre el conflicto, su lugar en la historia mundial y los objetivos subyacentes de los contendientes, así como lo que estaba en juego en el resultado. El primer paso en este proceso consiste en abordar la guerra no como una singularidad histórica o un acontecimiento en sí mismo, sino como un conflicto atrapado en las corrientes más profundas de la historia mundial moderna. En los capítulos siguientes se argumenta que la Segunda Guerra Mundial fue un episodio decisivo en una historia mucho más larga de ascenso y caída de grandes potencias, guerra colonial y violencia racial.⁸

Al plantear la Segunda Guerra Mundial como una batalla entre Estados nación e ideologías políticas, los estudiosos ortodoxos han

restado importancia a la dinámica explícitamente imperial que impregnó la guerra y determinó sus resultados. Los arquitectos de la Segunda Guerra Mundial crecieron en un mundo dominado por grandes imperios europeos, y en este contexto imperial concibieron los planes y estrategias que dieron origen a la Segunda Guerra Mundial. Todos los principales contendientes lucharon como imperios que perseguían objetivos imperiales. Los combates en Asia y Europa empezaron a consecuencia de las conquistas imperiales del Eje, no por desacuerdos ideológicos con las futuras potencias aliadas. En pocas palabras, Londres y París declararon la guerra a Alemania porque la Wehrmacht invadió Polonia, no porque los dirigentes británicos y franceses se opusieran a los principios políticos del nazismo o del fascismo en general. Asimismo, Japón libró en Asia una guerra de conquista colonial, no una cruzada ideológica.

Abordar la Segunda Guerra Mundial como una lucha imperial ayuda a explicar la brutalidad genocida del conflicto. A lo largo del siglo XIX, los escritores occidentales se habían acostumbrado a la idea de guerra «civilizada», un tipo de conflicto entre Estados nación establecidos en el que todos los bandos respetaban una serie de reglas básicas. Los soldados debían llevar uniforme, la violencia debía limitarse a frentes identificables, debía respetarse a los civiles, se debía tratar a los prisioneros de guerra con humanidad, etcétera. Sin embargo, estas restricciones no se aplicaban a las guerras coloniales contra pueblos sin Estado. Las guerras coloniales a menudo adoptaban la forma de destrucciones generalizadas de sociedades no occidentales que eliminaban la distinción entre civiles y combatientes y promovían la violencia racializada. A principios del siglo XX, la mayoría de los observadores creían que esos conflictos habían quedado relegados a las zonas del interior de las colonias, lejos de los centros de la civilización occidental de Europa y Norteamérica y de las ciudades portuarias cosmopolitas de Extremo Oriente.

Pero se equivocaban. Las guerras coloniales supusieron un modelo para gran parte de la violencia de la Segunda Guerra Mundial. En el mundo colonial pueden encontrarse los precursores de Auschwitz e Hiroshima. Los primeros campos de concentración

aparecieron no en la Alemania nazi, sino en la colonia británica de Sudáfrica durante la guerra de los bóeres. Los soldados alemanes iniciaron su primera guerra de exterminio no en Europa del Este, sino en la colonia alemana de África del Sudoeste en 1901. Las primeras campañas concertadas de bombardeo aéreo del mundo no atacaron Londres o Róterdam, sino ciudades de las colonias de África, Asia y Oriente Medio. Cuando los dirigentes estadounidenses y británicos se sentaron a planificar la invasión anfibia de Normandía, recurrieron a un caudal de conocimientos adquiridos a lo largo de generaciones de guerra en el mundo colonial. La Segunda Guerra Mundial fusionó la mentalidad bélica colonial, que apenas distinguía entre civiles y combatientes, con una estrategia de guerra total que movilizaba todos los recursos del Estado para llevar a cabo matanzas masivas e industrializadas.

Berlín y Tokio pusieron en marcha esta fusión de guerra colonial y guerra total con campañas genocidas que pretendían convertir el centro de Europa y las bulliciosas metrópolis de Asia en nuevos espacios coloniales. Tras haber lanzado las mayores campañas coloniales de la historia mundial, los dirigentes alemanes y japoneses rechazaron las limitaciones de la guerra «civilizada» y desataron todo el terror de la guerra «salvaje» contra los pueblos de Europa del Este y Asia oriental. Las potencias aliadas no tardaron en hacer lo mismo y lanzaron ataques con napalm contra centros de población, enviaron ejércitos a saquear los territorios conquistados y dirigieron ataques atómicos contra ciudades japonesas. Al final de la guerra, las masacres de civiles se habían convertido en una parte fundamental de las tácticas de combate de todos los bandos. Como dirían más tarde teóricos como Hannah Arendt y Aimé Césaire, las peores atrocidades de la guerra se entienden mejor como violencia colonial devuelta a la metrópoli.⁹

Situar la Segunda Guerra Mundial en el amplio panorama de la historia mundial también nos permite analizar mejor el impacto del conflicto en la posguerra. La Segunda Guerra Mundial fue un momento crucial en la evolución del orden internacional moderno desde la era del colonialismo formal hasta la geopolítica de la Guerra

Fría. Los relatos ortodoxos que restan importancia a las dimensiones coloniales de la guerra tienden a pasar por alto esta transición e imponen una separación imaginaria entre la historia del imperialismo del siglo XIX y la dinámica de la Guerra Fría. El resultado ha sido restar importancia a las raíces imperiales de la geopolítica de las superpotencias y ocultar los fundamentos coloniales de nuestro orden internacional contemporáneo. La interpretación ortodoxa de la guerra se convierte así en un instrumento absolutorio que purga los pecados del imperio y limpia los residuos que ha dejado en el mundo de la posguerra.

Este libro intenta retirar las capas de mitología que cubren la Segunda Guerra Mundial y poner en cuestión las interpretaciones predominantes del conflicto. Se aparta del enfoque que se centra en los grandes dirigentes y las operaciones militares para analizar cómo el conflicto más grande de la historia transformó las relaciones entre imperio, raza, violencia, guerra y Estado. Geográficamente, el libro se aleja de las playas de Normandía para hacer mayor hincapié en los teatros de operaciones más sangrientos de Europa del Este y Asia oriental. Rompe con las explicaciones estándares de la guerra argumentando que la raza y el imperio eran dimensiones centrales del conflicto. Aborda la Segunda Guerra Mundial como un conflicto profundamente enraizado en el contexto más amplio de la historia mundial. Y de esta forma intenta excavar los cimientos coloniales de la guerra y trazar sus secuelas imperiales.

En líneas generales, este libro argumenta que la Segunda Guerra Mundial fue colonial en sus orígenes, genocida en su desarrollo e imperial en su resultado. Las raíces de la agresión alemana, japonesa e italiana se remontan a la política imperial del siglo XIX. Aunque se las suele retratar como Estados depravados, las potencias del Eje se entienden mejor como herederas de la gran estrategia de construcción de imperios mediante la conquista colonial. Basándose en las estrategias de los imperios occidentales, las potencias

del Eje fusionaron conceptos de jerarquía racial y colonialismo con tecnología militar moderna para lanzar una serie de ofensivas espectaculares en Europa, África y Asia oriental. Este ataque sacudió los bastiones del orden internacional, derribó la Tercera República francesa y obligó al Imperio británico a adoptar una postura defensiva contra la amenaza de invasión alemana. Tras haber sumido la política mundial en el caos, los dirigentes alemanes y japoneses se volvieron hacia sus siguientes objetivos, la Unión Soviética y Estados Unidos.

La invasión nazi de la Unión Soviética y la ofensiva japonesa en el Pacífico arrastraron a Moscú y Washington a la guerra. Berlín había abierto el teatro de operaciones más sangriento de la historia de la humanidad; Tokio, el más extenso. Mientras sus adversarios arrasaban Europa del Este y el Asia colonial, los dirigentes estadounidenses, británicos, chinos y soviéticos movilizaron los abundantes recursos de sus dominios en un intento desesperado por detener el ataque del Eje. Mientras Moscú convertía el Ejército Rojo en un enorme behemot continental capaz de invadir las llanuras de Europa central, Washington diseñó un leviatán militar de alta tecnología para dominar los mares, organizar ataques anfibios en cualquier costa y dirigir una lluvia de fuego sobre las ciudades del Eje. Este rápido desarrollo militar convirtió la Unión Soviética y Estados Unidos en superpotencias que eclipsaron al Imperio británico y a las antiguas grandes potencias europeas como fuerzas preeminentes en los asuntos internacionales.

Las superpotencias cambiaron el curso de la guerra en las batallas de Stalingrado y Guadalcanal en noviembre de 1942. Estas dos victorias aniquilaron las ambiciones imperiales del Eje y anunciaron el dominio de las nuevas superpotencias. El hecho de revertir las conquistas del Eje endureció a Estados Unidos y la Unión Soviética y los convirtió en superestados neoimperiales que competían por conseguir posiciones dominantes en el orden internacional de la posguerra. Pero las visiones contrapuestas de la posguerra, unidas a la diferente carga que soportaban en la lucha contra el Eje, colocaron a las superpotencias en el camino de la confrontación.

Mientras los generales soviéticos desataban el poder aplastante del Ejército Rojo en sangrientas batallas terrestres contra el Tercer Reich, las fuerzas estadounidenses organizaban operaciones anfibias para apoderarse de territorios estratégicamente decisivos en el Pacífico, la cuenca mediterránea y Europa occidental, y desplegaban su nueva y enorme flota para asediar por mar a Japón. A medida que cada potencia avanzaba, sus ejércitos establecían el control sobre lo que en la posguerra serían sus esferas de influencia. En los últimos días de la guerra, mientras el Ejército Rojo se abría paso en China, las fuerzas estadounidenses lanzaron ataques atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki, que obligaron a Tokio a someterse e impidieron que los soviéticos ocuparan las islas japonesas. Al final de la guerra, el Ejército Rojo había ocupado la mayor parte de Eurasia, y las fuerzas estadounidenses dominaban los mares desde una red de bases que se extendía por todo el planeta.¹⁰

Tras haber matado a la bestia del Eje, el behemot soviético y el leviatán estadounidense se enfrentaron entre sí y desencadenaron una nueva guerra eterna. Esta nueva batalla se libraría entre las ruinas de la Segunda Guerra Mundial y un orden colonial moribundo, e insuflaría una nueva vida a las viejas estructuras imperiales en la forma de la geopolítica de la Guerra Fría. Las líneas de armisticio se endurecieron hasta convertirse en fronteras militarizadas a medida que los dirigentes soviéticos instauraban gobiernos títere en las capitales destrozadas del antiguo imperio de Hitler, desde Varsovia hasta Sofía, y las fuerzas estadounidenses acuartelaban los puestos avanzados caídos de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental de Japón, desde Guam hasta Okinawa. Ejércitos que se habían forjado en la lucha contra el Eje ocupaban ahora posiciones a lo largo de las líneas del frente de la Guerra Fría. Mientras tanto, en África, Asia y Oriente Medio aparecieron decenas de nuevos Estados dentro de las fronteras trazadas por las potencias imperiales en declive. Durante el siguiente medio siglo, las antiguas controversias coloniales y los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial resurgieron como focos de tensión de la Guerra Fría. Mientras los dirigentes de Moscú y Washington se enzarzaban en

una batalla ideológica entre el comunismo y el capitalismo democrático, las intensas tensiones étnicas y raciales metastatizaron en nuevas y virulentas formas de nacionalismo que ganarían poder e influencia en el siglo xxi.

En definitiva, *Tierra quemada* sostiene que el legado de la guerra no fue la destrucción del fascismo, el racismo y el imperialismo, sino la creación de un orden de posguerra en el que Estados neoimperiales muy militarizados se vieron obligados a prepararse para la guerra perpetua y la perspectiva de la aniquilación nuclear. Nuestra amnesia colectiva respecto de los orígenes coloniales de la guerra y sus consecuencias imperiales ha despojado al conflicto de su significado y lo ha convertido en un cuento de hadas del siglo xx. Este libro pretende colocar nuestra visión de la Segunda Guerra Mundial en el lugar que le corresponde en el panorama más amplio de la historia mundial moderna. Con este telón de fondo, la Segunda Guerra Mundial aparece como el punto culminante de siglos de expansión colonial y el catalizador de la reinscripción del imperialismo bajo la égida de la geopolítica de la Guerra Fría.